

humanidad, sino en cumplimiento de un deber sagrado, segun ellos, impuesto por su religion que juzgaban santa, prescrita por dioses que les castigarian si faltaban á ella.

Acaso se complacian, como tendremos ocasion de ver mas adelante, en poder presentar á sus divinidades el mayor número de víctimas; pero se complacian, no por el gusto material de sacrificar séres humanos, sino porque juzgaban que en relacion con el número de sacrificados, se hallaba la gratitud y el placer del dios á quien ofrecian sus víctimas.

No veian en aquellos sacrificios un acto de crueldad reprehensible, sino un acto meritorio de religion.

Tenemos el deber de no juzgar de los sentimientos de los antiguos mejicanos por sus prácticas religiosas.

Los mejicanos obraban de una manera en su vida civil y particular, y de otra muy distinta bajo su aspecto religioso.

La bondad, los nobles sentimientos de la mas sana moral eran las máximas que inculcaban á sus hijos en la educacion que les daban. En los preceptos de su religion, la sangre del prójimo, vertida en los altares de sus dioses, se presentaba como una ofrenda grata y laudable.

Respetemos, pues, á los hombres, y lamentemos sus preocupaciones.

CAPÍTULO III

Sistema de gobierno de los mejicanos hasta 1352.—Fundacion de la monarquia.—Primer rey de Méjico.—Primer rey de Tlatelolco.—Tributos impuestos á los mejicanos por el rey de Azcapozalco.—Progreso de los mejicanos.—Huitziluhitl, segundo rey de Méjico.—Se casa con una hija del rey de Azcapozalco, y poco despues con otra del señor de Cuahuanhuac.—Quedan libres los mejicanos de los anteriores tributos.—Triunfo debido á ellos en Xaltocan.—El rey de Acolhuacan divide su reino en 65 estados.—Prosperidad agricola y comercial de los mejicanos.—Enemistad de Maxtlaton, señor de Coyoacan con los mejicanos.—Se asesina por su orden al hijo del rey de Méjico.—Conducta prudente del rey de Méjico.

1352. Veintisiete años llevaban los mejicanos de haberse establecido en la ciudad de Méjico por ellos edificada, cuando resolvieron cambiar el sistema de gobierno con que se habian regido constantemente. Hasta el año 1352, su régimen gubernativo habia sido aristocrático, componiéndolo varias personas en quienes concurrían la nobleza, la probidad, la sabiduría y la riqueza. A este cuerpo respetable por sus relevantes cualidades, obedecia la nacion entera con voluntad firme y ciega fé. Los individuos que se hallaban al frente de los negocios públicos cuando llegó á fundarse la ciudad de Méjico, eran veinte, destacando entre ellos, por su vasta capacidad y su feliz acierto en

los negocios públicos, el noble *Tenoch*, como aparece por las pinturas de los mejicanos (1).

Las continuas disensiones y graves disgustos á que habian estado entregados entre sí desde su primera discordia en Coallimamac; el ejemplo de paz y de firmeza que les daban otras naciones del Anáhuac; la prosperidad en que veian al reino de Acolhuacan, cuyo trono ocupaba en Texcoco el quinto rey chichimeca *Techotlalatzin*, de quien dije que ordenó que en todos sus estados se hablase la lengua *nahuatl* ó *sabia*, abandonando el dialecto duro de los chichimecas; la falta de unidad en que se hallaban para no tener que sufrir las incomodidades que les inferian sus vecinos, y la esperanza, en fin, de que erigiéndose en monarquía encontrarían en un rey al recto juez, al padre cariñoso y al intrépido general que, en caso necesario, les condujese á la victoria, les decidió á constituirse en monarquía, y de comun consentimiento eligieron por soberano al ilustre *Acamapitzin*, que

1352. *Acamapitzin*,
1.^{er} rey de
Méjico. significa *el que tiene cañas en la mano*.

La eleccion no podia haber recaido sobre personaje mas digno ni distinguido. El electo rey era hijo de *Opochtli*, personaje de la mas alta nobleza azteca, y de la hermosa *Atozoztli*, princesa de la casa real de Acolhuacan (2). Su origen por el lado paterno lo traia del noble Tochpane-

(1) Los nombres de los veinte señores que gobernaban al fundarse Méjico, eran: *Tenoch*, *Atzin*, *Acacitli*, *Ahueaxotl* ó *Ahueitl*, *Ocelopan*, *Xomimil*, *Xuhcac*, *Axolohua*, *Nanacatzin*, *Quentzin*, *Tlalala*, *Tzontliyayauh*, *Cozcatl*, *Tezcatl*, *Tochpan*, *Mimich*, *Tetepan*, *Tezacatl*, *Acohuatl* y *Achitomeall*.

(2) Llama la atencion que *Opochtli* hubiese alcanzado la mano de una princesa acolhua en los tiempos en que los mejicanos se hallaban en la esclavitud; pero no cabe duda de que ese enlace se verificó, pues así consta en las pinturas

catl, aquel bondadoso señor de Zumpango, que impulsado de sus generosos sentimientos, recibió á los mejicanos, cuando pasaron por aquella ciudad, con las demostraciones del mas cordial y afectuoso cariño.

Hecha la eleccion del monarca, y colocado sobre el trono, se estableció que la corona fuese electiva.

Era el reciente rey mejicano *Acamapitzin*, jóven de arrogante presencia, de gran juicio, de notable prudencia y de sentimientos generosos. Aunque tenia varias mujeres, pues como tengo dicho al hablar de los toltecas, estaba establecida en todas las tribus de la América la poligamia, la nacion trató de unirle con alguna princesa de las tribus vecinas mas poderosas, con el laudable objeto de celebrar así alianzas favorables. Para que la solicitud fuese hecha con la dignidad que debe mediar

entre personas reales, se enviaron sucesivamente embajadores al señor de Tacuba y al rey de Azcapozalco, pidiendo primero á uno y despues al otro, la mano de una de sus hijas. La contestacion de ambos poderosos fué negativa y casi insolente.

Los mejicanos disimularon el desaire injurioso, y conservando la esperanza de proporcionar á su rey un enlace ventajoso y conveniente al Estado, enviaron una comision de las personas mas notables al señor de Coatlichan, llamado *Acolmiztli*, descendiente de uno de aquellos tres magnates acolhuas, á quien el rey chichimeca *Xolotl* recibió benévolamente, diciendo que se dignase dar una de

de los mejicanos y colhuas, de que hace mencion el sabio mejicano *Sigüenza* que colectó un gran número de ellas á subido precio.

El monarca mejicano se casa con la hija del señor de Coatlichan. sus hijas en casamiento al monarca mejicano. Acolmiztli accedió gustoso á la solicitud, y entregó su hija *Ilanqueitl* á los embajadores. Los mejicanos, agradecidos y contentos, condujeron en triunfo á la jóven princesa, y á los pocos dias las bodas se celebraron con el mayor fausto y alegría.

Al mismo tiempo que los mejicanos con su prudente política, su actividad y su industria, le daban á su naciente ciudad esplendor y poder, los tlatelolcos, la fraccion intransigente que, henchida de odio, se habia separado de ellos, formando en Tlatelolco una nacion diferente, se esforzaba en rivalizar en todo con los que fueron sus hermanos y compañeros.

1353. Recelosos del creciente poder de los mejicanos, y temiendo que intentasen algun dia oprimirles y dominarles, los tlatelolcos, así por asegurar su independenciam como por anular la gloria de los mejicanos, dispusieron ser regidos por un rey que diese á la nacion respetabilidad y gloria. Llevados de su odio hácia los mejicanos, y tratando de crearles dificultades con el rey de Azcapozalco, se propusieron halagar la vanidad de éste, en provecho de ellos y en perjuicio de sus temibles rivales. Para conseguir el doble objeto que se habian propuesto, en vez de elegir por rey á uno de los grandes de su nacion, los tlatelolcos enviaron una embajada, pidiendo respetuosamente al soberano de Azcapozalco que les enviase por rey alguno de sus hijos para que les gobernase como á fieles vasallos. El monarca de Azcapozalco, agradecido, manifestó á los embajadores

tlatelolcos el contento que le causaba aquella distincion, y les dió á su hijo *Quaquauh-pitzahuac*.

Los embajadores, al ver halagada la vanidad del monarca tepaneca, trataron de sacar provecho de ella, disponiendo su ánimo contra los mejicanos. Para conseguir el dañado objeto de sus miras, ponderaron la magnanimidad del monarca, concediendo á ellos, humildes tributarios, la honra de darles á uno de sus hijos por rey: manifestaron que se consideraban felices con haber demostrado con aquel paso, que eran leales feudatarios de la corona tepaneca, sin cuyo permiso hubieran juzgado irrespetuoso elegir soberano; y terminaron manifestando extrañeza de que los mejicanos hubiesen elegido monarca sin haber solicitado su permiso, puesto que semejante proceder envolvía irrespetuosidad, casi desprecio y punible olvido de que eran sus tributarios.

Las palabras de los embajadores tlatelolcos produjeron en el rey el efecto que se habian propuesto. El soberano de Azcapozalco se manifestó descontento del proceder de los mejicanos, y los embajadores se retiraron contentos de la impresion que en el ánimo real habian causado sus palabras.

El hijo del soberano de Azcapozalco fué recibido en Tlatelolco con el mas ardiente entusiasmo. Toda la poblacion salió á recibirle, y pocas horas despues fué coronado rey, con gran solemnidad y regocijo, corriendo el año de 1353.

Contribuciones impuestas á los mejicanos por el rey de Azcapozalco. Las palabras de los embajadores tlatelolcos, presentando á los mejicanos como insolentes é irrespetuosos, hicieron brotar en la mente del rey de Azcapozalco sospechas que le alar-

maron. Dominado por el sentimiento del amor propio herido, y preocupado con la idea de que su autoridad habia sido despreciada, convocó á sus consejeros para comunicarles sus recelos y consultar las medidas que en lo sucesivo se debian tomar con los mejicanos. Reunidos todos los individuos que formaban el consejo, el rey les manifestó el motivo que habia tenido para llamarles: les presentó como un atentado inaudito el que los mejicanos hubiesen nombrado un rey sin pedirle permiso para ello; les dijo que se habian introducido en sus dominios manifestándose respetuosos; pero que al ver floreciente su ciudad, obraban sin cuidarse de la opinion del país que él gobernaba; que si de aquella manera se conducian en los primeros años de su existencia política, se debia esperar que se manifestasen altaneros cuando se encontrasen fuertes; que era de temer que, de tributarios que entonces eran, tratasen de imponerles á ellos tributo, y que no era aventurado creer que el hombre que habian proclamado por rey tratase de serlo mas tarde de los tepanecas. «Yo juzgo—agregó—que en vista de todo lo que acabo de exponer, debemos aumentarles los impuestos hasta el grado de que superen á lo que puedan pagar; de esta manera, apremiados continuamente por nuestros recaudadores, se verán precisados á abandonar el país, quedando asegurada así la tranquilidad de nuestro Estado.»

El discurso del monarca fué acogido con unánime aceptación; y sin pérdida de momento, se les hizo saber á los mejicanos que el tributo que hasta entonces habian pagado se duplicaba en su valor. Pero no solo fué el aumento del tributo el que se hizo pesar sobre los mejicanos. Bus-

cando la manera de que no pudiesen cumplir con las condiciones nuevas que se les impusiese, y tener así un pretexto para tiranizarles, se les exigió además que llevasen algunos miles de sauces, para plantarlos en los caminos y en los jardines del rey de Azcapozalco; y, por último, que condujesen hasta la corte del rey tepaneca, un huerto en que se ostentasen, sembradas y ya crecidas, todas las simientes usuales en Anáhuac.

Injustas encontraron los mejicanos las exigencias del monarca de Azcapozalco. Hasta entonces el tributo que habian pagado, les habia sido fácil presentar, porque solo consistia en una corta cantidad de peces y en cierto número de pájaros acuáticos que abundaban en la laguna; pero temiendo que se les obligase á abandonar una ciudad que habian levantado á fuerza de sacrificios, trabajaron con afan por satisfacer sus nuevos impuestos, y con efecto, al vencimiento del dia en que debian entregarlos, se presentaron con ellos al rey de Azcapozalco.

Como cuento inverosímil y fantástico aparecerá para algunos el que los mejicanos cumpliesen con la última de las obligaciones que se les habia impuesto; la de conducir un huerto flotante ostentando crecidas ya todas las semillas que se cultivaban. Pero nada es mas cierto. Los mejicanos, como he dicho en páginas anteriores, habian llegado á formar jardines flotantes, llamados *chinampas*, sobre la laguna, y conduciendo por el agua hasta Azcapozalco una de estas *chinampas*, donde habian sembrado lo exigido por el rey, llenaron su compromiso. Los que, como yo, han vivido en aquel país y conocen las pintorescas y poéticas *chinampas* que hasta el presente constituyen los deliciosos

huertos de los indios, pueden testificar que la conduccion del pensil nadante por los mejicanos, nada tenia para ellos de extraordinario ni de sorprendente, por mucho que tuviese de costoso y molesto.

El rey de Azcapozalco, resuelto á seguir observando una conducta arbitraria que, colmando la medida de la paciencia de los mejicanos, diese por resultado el abandono de la naciente ciudad por los que á fuerza de privaciones y de constancia la habian edificado, exigió que al año siguiente le presentasen otro florífero huerto, enriquecido con las plantas mas delicadas, y en medio del cual debia llevarse una preciosa garza y una vistosa ánade, cluecas, empollando ambas sus huevos, cuyos polluelos habian de nacer precisamente en los instantes mismos en que el pensil flotante llegase á Azcapozalco.

Inverosímil, por ridícula, parecerá la pretension del impertinente soberano, respecto de la última cláusula. Impropio de un alto personaje parece, con efecto, el ordenar á sus tributarios una cosa que, por lo fútil, tocaba en la puerilidad. Pero quien trate de juzgar de la capacidad del soberano de Azcapozalco por la simple pretension de que le presentasen las aves en el estado que habia exigido, sin detenerse á meditar en la intención palpitante que entrañaba aquel mandato, no hará mas que separarse del pensamiento político que tuvo presente aquel monarca al ordenar su ejecucion. El soberano de Azcapozalco buscaba por todos los medios que no arguyesen una persecucion abierta, la manera de que los mejicanos abandonasen un punto que pertenecia á su distrito; pero sin querer aparecer inconsecuente, puesto que, con autorizacion suya, se

habian establecido en él. Creyó al principio que bastaria el aumento del tributo y algunas exacciones, al logro de su intento: agregó mas tarde la gravosa condicion, para un pueblo corto aun y pobre, de la entrega de un huerto abundantemente provisto de plantas y semillas, la de miles de árboles, y la de algunos otros objetos. Pero los mejicanos, que consagraban á la ciudad que habian levantado desde sus cimientos, el cariño que se profesa á todo lo que al hombre le cuesta grandes sacrificios, cumplieron con cuanto se les habia prescrito, sin dar motivo á reclamacion ninguna. Entonces fué cuando el monarca de Azcapozalco, viendo que los gravámenes que podian cubrir por medio del trabajo, no producian en el ánimo levantado de los mejicanos el resultado que se habia propuesto, recurrió á un medio que no vaciló en creer que realizaria el plan meditado. Comprendió que nada existe de mas resistente para el hombre que el cumplimiento de aquellas órdenes que puedan humillarle y rebajar su dignidad. Cuanto mas pueril y mas impropio de la dignidad de una nacion aparezca un mandato, tanto mas ofensivo se presenta á los ojos de aquel á quien se ordena su ejecucion. La disposicion del rey de Azcapozalco, ordenando que le entregasen el ánade y la garza de la manera que referido queda, era una impertinencia que tocaba en lo ridículo; pero por lo mismo que era una impertinencia, era una cosa humillante que no dudó el soberano de Azcapozalco que se resistiesen á ejecutarla, abandonando, en consecuencia, la ciudad de Méjico que era el objeto de todos sus deseos (1).

(1) Clavijero y otros historiadores califican de insensato y de necio al rey de Azcapozalco, por ese hecho de las aves y de los polluelos; pero en mi con-